

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1952 - Número 53



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 531



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1952



Tomo XVI
Núm. 53

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1952

MAYO - JUNIO

Núm. 53

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excelentísima Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

- Aurelio Alvarez Jusué.—*Ordenación jurídica y judicial dada a Sevilla por el Santo Rey Fernando de Castilla y León* 177
- Arturo Graff.—*Los Navegantes* (Poema dramático, traducido del italiano por Miguel Romero Martínez)..... 207
- Brígido Ponce de León Almazán.—*La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla (III)* 233

MISCELANEA

- Francisco López Estrada.—*El Centenario de los Reyes Católicos en Sevilla* 259
- Hipólito Sancho de Sopranis.—*Los Reyes Católicos y la obra portuguesa en Africa*..... 267
- José Andrés Vázquez.—*Camino de Eldorado por cualquier parte*..... 273
- Vicente Romero Muñoz.—*Extranjeros en la Sevilla de San Fernando*. 277
- *** *Concursos de la Excm. Diputación (Patronato de Cultura)*..... 281
- LIBROS: Varios 283
- CRÍTICA DE ARTE: Antonio Sancho Corbacho.—*Pintura y Escultura* 293
- CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.—*Mayo-Junio, 1946*..... 297

ARTICULOS ORIGINALES

ALFONSO P. RIVERA



LA QUÍMICA EN LA REAL SOCIEDAD DE MEDICINA DE SEVILLA

(Continuación)

IX

LA QUÍMICA EN LA SOCIEDAD SEVILLANA DURANTE EL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XVIII

EN este tiempo nos sale al encuentro al que podíamos designar como el primer químico de nuestra Sociedad, pues sólo trabajó en el terreno de la espagírica, demostrando dotes excepcionales de cultura e investigación: D. Francisco Antonio Correa, farmacópola «muy sapiente (a juicio de García Romero) en las doctrinas antiguas y modernas, socio fundador de la antigua y nueva Sociedad». Pormenores de su vida, pocos hemos podido averiguar. Para que fuese fundador de la antigua Sociedad, como afirma García Romero, debió nacer lo más tarde en el último tercio del siglo XVII. La nota biográfica que le dedica el Espasa, ni el nombre de tal merece. Tuvo la desgracia de haber vivido en la época de más penuria de la Sociedad, y por tanto en la que no se disponía de fondos para publicaciones. Nos basta, sin embargo, lo poco por él publicado, para estimarlo dotado de profundos conocimientos químicos y del necesario laboratorio para confeccionar las medicinas espagíricas de su tiempo.

Su primer estudio, impreso en el tomo de «Disertaciones» de 1736, lo leyó en la Academia Sevillana el 11 de noviembre de 1734. Versó sobre «que sea sulphur o aceite, de qué partes consta y quantas sean sus diferencias y manipulaciones». Su dominio de la materia no puede ser más completo. Empieza por definir la que entonces se entendía por *sulphur u oleum*, que era cosa bien distinta a lo que hoy entenderíamos al oír estas palabras: «Es, nos dice, una substancia blanda, subtil, pingüe, untuosa e inflamable; unas veces líquida y otras veces crassa, y, general-

mente hablando, digo, que es principio universal de los mixtos; pues es vegetal, animal y mineral, de diversos aspectos, consistencia y propiedad; siendo el más noble de todos los principios y principalmente centro de todos ellos; lazo y vínculo que los une y author de las luces vitales» (p. 205).

Difícil nos será entender esta definición si acudimos a los conceptos químicos modernos. Más tarde insistiremos sobre ello y sobre la disertación.

Después de las «Disertaciones» transcurrieron 30 años, como ya anteriormente hemos dicho, sin que la Sociedad pudiera publicar sus trabajos, quizás y principalmente por falta de recursos, pero posiblemente también por los disgustos que le debió ocasionar el resultado de la acción promovida por la Inquisición contra D. Mateo Zapata, a quien los primeros historiadores consideraban como su fundador, y del que los restantes no hacen siquiera mención. Tal sucede en el tomo I de las memorias que apareció en 1766 y en cuyo prólogo, que contiene, como hemos visto, una breve reseña de la Sociedad, no se nombra siquiera al Dr. Zapata.

Pero en este tomo vuelve a aparecer el apellido Correa, aunque precedido por los nombres Antonio Ioseph, probablemente hijo del primer químico D. Francisco y que había heredado de su padre, juntamente con el apellido, su afición a la química.

Como autor de la disertación química sobre el *Opio*, se titula Correa boticario honorario de la Real Cámara, socio de número y espagírico de la Sociedad. La leyó el jueves 11 de abril de 1765, y el 11 de noviembre del mismo año presentó unos «experimentos physico-médicos», que son más químicos que físicos. Los experimentos, ejecutados ante el auditorio de la Real Sociedad, son de tres clases: «La primera pertenece a la agua; la segunda dice relación al fuego, y la tercera a la luz». En la primera, Correa se refiere al análisis de las aguas de Sevilla, que hizo con toda la perfección que los medios y conocimientos de su tiempo permitían, escogiendo los más seguros y rechazando otros vulgares y expuestos a mil errores, de los que hace una crítica acertadísima.

Si en esta parte se muestra Correa buen analista, en los experimentos relativos al fuego se nos presenta como excelente manipulador. El primero se refiere a la producción de lo que él llama un *fósforo detonante*, que no es otra cosa que hidrógeno obtenido con limaduras de hierro y ácido sulfúrico diluido, hidrógeno, que al inflamarse, «causa una especie de relámpago y trueno, semejante a un pistoletazo». Si «luego se deja enteramente libre al orificio de la redoma, se ve salir una especie de humo, al que, aplicados varios cuerpos tenues combustibles, se encienden con maravillosa prontitud». La consecuencia que saca Correa, no carece de interés: «¿Qué cosa más propia para explicar la producción del relámpago y el trueno?»

La explicación del calor producido por el ácido sulfúrico al disolver un pedazo de hielo o nieve, le hace sospechar que el mismo fenómeno se produciría «si la nieve se mezcla con otro licor igualmente eficaz para disolverla, que el aceite de vitriolo».

Siguen otros experimentos con el alcanfor y luego otros sobre reacciones coloreadas, siendo lo más interesante la insinuación constante de Correa respecto a la posibilidad de aplicar los resultados a las artes e industrias. Su guía en todo el trabajo es Hoffmann y Boerhaave.

Los citados experimentos sobre el alcanfor debieron interesarle mucho a Correa, y siguió estudiándolo en su laboratorio hasta lograr tener del mismo un conocimiento tan completo como entonces era posible. Sus estudios e investigaciones los reunió en una «Dissertación Chymica», en la que trata «Del alcanfor, cuya naturaleza y virtudes se demuestran con varios experimentos». Se publicó en el tomo II de las Memorias (año 1772, págs. 304-348), pero su elaboración debió costar a Correa mucho tiempo, a juzgar por las numerosas lecturas que supone y por la dificultad que entonces se encontraba en cualquier manipulación química. Es un trabajo magistral, comparable con cualquiera de sus contemporáneos.

Comienza por resumir cuanto se sabía de la naturaleza del alcanfor. «Este es el estado, continúa el extractador, en que el Sr. Correa halló la presente controversia, quando se encargó de darnos mejores ideas del alcanfor». «De la multitud de trabajos citados infiere el autor los dos corolarios siguientes: 1.º Que aun no está bien desentrañada y conocida su naturaleza; 2.º Que insistiendo la mayor parte de sus trabajos sobre unos mismos puntos y huellas, se pueden cómodamente reputar de verdaderos pedantismos, pues no hacen los más de ellos que copiarse y, quando alteran el original, es sólo para disimular el plagio, corrompiendo las doctrinas y deslizándose en voluntariedades y caprichos imaginarios».

Fundándose en experimentos «hechos algunas veces en pública Sociedad», deduce que el alcanfor no es una verdadera resina, contra la opinión más común y recibida. «Tampoco inculcaré las respectivas a destruir el dictamen de los antiguos, que lo tuvieron por betún o goma; pero sí advertiré de paso no ser tan inmiscible con los menstrosos aquosos, como ordinariamente se lee...; es notorio que, aunque no perfecta y absolutamente, se mezcla a lo menos con el agua una gran porción del alcanfor..., como lo manifiesta el gusto y olor, aumento de peso en el menstroo separado de la cantidad que sobrenada...».

Rechaza la opinión de Hoffmann de que el alcanfor sea un aceite volátil; llama la atención sobre «la suma volatilidad de sus partículas, que cuando están disueltas, parece que no ocupan lugar», y basándose en ésta y otras observaciones, después de probar que no es goma, betún, extracto, sal volátil, resina ni aceite, ruega le sea «lícito aventurar sus conjeturas y se atreve a creer que es, o el ether natural concreto o un

cuerpo muy parecido al ether chimico vitriólico, fijo y coagulado». Imposible era llegar a más en el estado de la Química de su tiempo. Su modestia, sin embargo, es tanta, que «no quiere porfiadamente insistir en su sistema, contentándose con que se tengan por de ningún valor los imaginados por otros; pues apetece, como el mejor galardón de sus operaciones, el título de Chymista Scéptico, con preferencia a cualquier otra ambición, que pudiera inspirarle el mérito de sus exquisitos y bien premeditados trabajos». Muy bien aplicados están los epítetos de exquisitos y premeditados, pues Correa no es un erudito curioso al modo de Feijóo, sino un verdadero investigador constante y laborioso, para quien no había otra razón suprema que los resultados del laboratorio.

La última mención que se hace de D. José Correa en las publicaciones de la Sociedad, es del año 1786, en que se nos advierte que la Memoria sobre el ámbar la había presentado el Sr. Vera, por no habérselo permitido a Correa sus enfermedades. Al leerla, un sentimiento de tristeza nos invade el ánimo. ¿Es posible que Correa, el primer gran químico español, y su hijo, no hayan merecido ni una breve nota biográfica de sus compañeros o paisanos?

No ha sido tan desafortunado, como los Correa, su compañero D. José Olivares, más joven, pero su igual en categoría científica. Para el tomo correspondiente de la Enciclopedia Espasa enviamos nosotros, a su tiempo, unas breves notas sacadas de las Memorias de la Sociedad, las cuales vimos después, con gran satisfacción, que se habían aumentado considerablemente en el artículo impreso, con noticias tomadas del Archivo de la Sociedad.

Nació Olivares en Sevilla, siendo hijo de Juan Olivares, boticario de Santiponce. El grado de Bachiller en Medicina lo recibió en 1732. En el opúsculo: «Manná escondido y confundido entre las apariencias de la nieve...», del que Olivares fué editor, no autor, se titula «médico con Real Aprobación y socio pharmacéutico de número de la Real Sociedad de esta ciudad de Sevilla, boticario de la Real Casa y ex visitador de este arzobispado». Este pequeño folleto, que trata «de la pretendida maravillosa nevada que en la noche después del día de Todos los Santos y a dos de noviembre de 1764 se notó en la villa de Cumbres y otros pueblos de Sierra Morena y la de Andabalo», lo compuso en breves horas un monje Gerónimo, que demostró con él conocimiento nada vulgar en Ciencias Naturales, y lo aprobó y sacó a luz Olivares, sirviéndole de ocasión de manifestar su mucha religiosidad.

El mismo año (1765) presentó a la Sociedad su trabajo: «Si los aceites esenciales, alterados por el tiempo, sean restituibles por el arte a su primera virtud y por qué medios» (119). Aquí aparece como discípulo que sigue en la teoría y en la práctica las huellas de sus maestros

(119) Tomo I de las Memorias, págs. 123-127.

Teichmeyer y Hoffmann. Pero en sus «Experimentos chymicos» publicados siete años después (120), aparece ya como maestro que experimenta e interpreta por su cuenta. De maestro y de buen patriota son las siguientes palabras: «Faltan en España escuelas de su enseñanza (de la Química), y aunque la Sociedad mantiene su espagyrico titular, no puede extender la esfera de sus operaciones más allá de lo que exige la physica general y medicina. Pero examinando el estado actual de las Artes, se toca con dolor la imponderable falta que hace su conocimiento. ¡Ojalá y llegue el suspirado momento que se enseñe por principios!» ¡Cuán grande es el mérito de estos socios sevillanos que por sí solos, sin profesores, sin más ayuda que los libros y su aplicación, llegaron a dominar una ciencia que tanto necesita de dirección y consejo, sobre todo en los primeros pasos!

Los cinco experimentos que el Sr. Olivares ejecutó en pública asamblea, vienen demasiado abreviados en las Memorias, pero bastan para darnos a conocer su gran pericia de experimentador. En el primero nos informa de un método nuevo, «no hallado en los escritores más famosos», para obtener en tres o cuatro minutos el Antimonio diaforético; en el segundo examina la magnesia o leche de tierra, tratándola con ácido sulfúrico diluido; en el tercero nos enseña a preparar extemporáneamente sales esenciales; en el cuarto, después de explicar el modo de producir una resina artificial por reacción de la esencia de espliego con agua fuerte, nos comunica haber logrado *privar a los polvos de quina de su amargor*, tratándolos con una sal alcalina. ¡Lástima que no se den más detalles! En el último experimento enseña a descubrir las adulteraciones del bióxido de mercurio con minio o almártaga.

El mismo dominio de la materia demuestra en la Memoria leída en la Real Sociedad el 11 de mayo de 1774, relativa «a la naturaleza del azufre, sitios de España donde se cría, su elección y preparados medicinales». En este trabajo hay menos originalidad. Diez años más tarde, en 1784, figura ya como socio jubilado (121).

En la Real Academia de Medicina de Sevilla se conservan inéditos los siguientes trabajos: «De la distinción que hay entre el sal policresto Boerhaaviano, tártaro vitriolado y arcano duplicado, el mejor modo de prepararlo y sus virtudes». «Del paralelo entre la azúcar y la miel común de España, y la preferencia que debe gozar ésta para los usos médicos» (1768). «Del beleño, sus virtudes medicinales y modo de socorrer los malos efectos de su imprudente uso». (1779). «De las plantas antigálicas que se crían en Sevilla y sus cercanías» (1768). «Del cinabrio y modo de prepararse» (1746). «Del modo de conocer si el crémor de tártaro está adulterado» (1871). «Quanta sea la actividad química

(120) Tomo II de las Memorias. 1772, págs. 206-216.

(121) Tomo III de las Memorias, pág. 180.

del ayre y como obra en las operaciones químicas (1786). «Si por el análisis del opio se puede indagar su naturaleza y modo de obrar» (1783). «Varios experimentos que demuestran que de los aceites esenciales no es el azufre el primer principio» (1746). Claramente se deduce que con las Memorias de Olivares se podía formar un volumen respetable, que, a más del interés que promete su gran competencia, ofrecería el de contener los primeros trabajos puramente químicos realizados en España.

La mala estrella de los Correa persiguió también a su compañero D. Miguel González Corvacho, socio farmacéutico de número y secretario segundo de la Sociedad. Solamente una Memoria suya, extractada con exceso, encontramos publicada en el tomo I (págs. 160-167): «De qué naturaleza sea el ácido del vinagre, y si contenga algún espíritu inflamable?», discutida el 11 de abril de 1765. Dándole el nombre de Valentín, el Espasa le atribuye otros dos trabajos: «Del mejor método de extraer los aceites esenciales» (3 de abril de 1766). «De la aristolochia, de sus varias especies y decantadas virtudes» (1764).

Nuestro socio y primer farmacéutico de la Casa Real, D. José Martínez Toledano, es acreedor a la gratitud de los farmacéuticos, por las beneficiosas reformas introducidas en la Farmacia en 1780, gracias a sus gestiones (122). En 1780 publicó en Madrid su «*Theriacalium simplicium medicamentorum exploratio*», obra que no hemos visto e ignoramos por tanto su valor químico, si bien parece más de carácter farmacéutico.

El Dr. D. Juan Sánchez Bernal, protomédico de la Armada y de Cámara de S. M. en 1765, hizo el análisis de las aguas de Chiclana, que incluyó Pedro Gómez de Bedoya en su «*Historia Universal de las fuentes minerales de España*» (Santiago, 1763).

También fué analista de aguas D. Blas Beaumont, cirujano y sangrador del Rey nuestro señor, examinador del protobarberato, demostrador de anatomía de los reales hospitales de Madrid, académico y demostrador que fué en la creación de la Real Academia de Sevilla. Publicó una breve «*Nota práctica sobre las virtudes de las aguas de Quintos*», en 1737, la cual es de poco mérito a juicio de Martínez y Reguera (123).

De D. Mariano Seguez, que en su tiempo era muy conocido en el extranjero (124), se cita una «*Dissertatio de virtute kinae antiepilectica*», en 1759, que no parece deba contener mucho de Química.

No tenemos más noticias de otros socios numerarios o supernumerarios que trabajaran durante este período en el terreno de la Química, aunque estamos seguros de que fueron muchísimos, ya por la universal aceptación que habían logrado los medicamentos espagóricos, ya por la mayor extensión que, gracias a nuestros socios, habían alcanzado los conocimientos químicos, ya, finalmente, por la mayor comunicación con

(122) Folch, Elementos Hist. Farm. 1827, pág. 336.

(123) Tomo I, pág. 186.

(124) H. Morejón, t. VII, pág. 52.

todas las Academias científicas de Europa. ¿Es que los trabajos de los nuestros no se publicaron? De muchos, ya hemos visto que se guardaron o guardan desde hace doscientos años en los archivos. Pero sin duda que se imprimieron no pocos, que habrá que buscarlos en las Gacetas, Memorial Literario y revistas parecidas e incluso en libros hoy rarísimos, pues se ignora todavía mucho de lo publicado en nuestra Patria.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.
LONDON: ROUTLEDGE KEGAN PAUL
TRENCHARD & CO. LTD.
11 BEDFORD SQUARE
LONDON, W.C.1



X

LA QUIMICA EN LOS ULTIMOS AÑOS DE LA SOCIEDAD SEVILLANA

ABARCAMOS en este capítulo los últimos cincuenta años de vida de la Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, y de tan largo período tenemos mucho menos que decir que de cualquiera de los anteriores. En el quinquenio de 1785 a 1789, se conoce que nuestra Sociedad disfrutó puntualmente de las rentas que le asignaron los monarcas borbónicos, las que en la mayoría de los años no pasaron del papel a la realidad, como lo evidencia la constante interrupción de sus publicaciones. En dicho quinquenio se imprimieron seguidamente los cinco tomos correspondientes. El tomo VIII, perteneciente al año 1790, aseguran que no se publicó, aunque no deja de extrañar que se pasara del tomo VII al IX, aparecido en 1791. Otra laguna en 1792, y ya en la intranquila y azarosa última década del siglo XVIII, el tomo X en el año 1793. Siguió la invasión de nuestros vecinos los franceses, el gobierno tiránico de José Bonaparte, la guerra de la Independencia, la rapiña, saqueo y destrucción voluptuosa de nuestras riquezas, el desorden y desquiciamiento de todas las instituciones y, lo que parecía inconcebible, si las causas ocultas y tenebrosas se desconocieran, el contagio espiritual de los nuestros por sus mismos opresores.

De todas estas conmociones y catástrofes salió incólume la Sociedad Sevillana, como se manifiesta claramente en el prólogo del undécimo y último tomo de sus publicaciones, impreso en 1817.

Algo, sin embargo, muy esencial había entretanto cambiado en su manera de ser. Aquella predilección y entusiasmo por la Química, que hemos visto, caracterizó a sus fundadores y que se mantuvo vivo durante los primeros sesenta años de su existencia, aparece atenuado en estos sus últimos tiempos, de lo que es buena prueba la carencia total de trabajos químicos en los tomos V, VII y IX y los poquísimos contenidos en los IV y X.

La causa de este cambio queremos nosotros verla en la falta de oposición, que es, ha sido y será, si los españoles no dejan de ser españoles, uno de los más fuertes y eficaces aguijones de su pereza. Cuando

los ataques de los enemigos de la Espagírica menudeaban por todas partes, pudo el gran Martín Martínez escribir en 1730: «La Regia Sociedad de Sevilla no sólo no tenía rentas ni premios, sino que gastaban sus individuos mucho tiempo y no poco dinero, para juntarse y buscar el adelantamiento de la Profesión...» (125). Después vinieron los honores y, algunas veces, aunque siempre cicateramente, las rentas y dinero, y el triunfo sobre sus contradictores fué tan completo que en 11 de noviembre de 1784, don Ambrosio María de Lorite pudo comenzar su conferencia con las palabras siguientes: «Ya no se duda de la utilidad de la Química. Esta debe suponerse y no disputarse» (126). Desde luego que, mucho antes que se pronunciaran, estas palabras eran una realidad.

Esta pudo ser una de las causas, pero otra, y no de poca monta, fué sin duda la dispersión de fuerzas, pues se fundaron academias en la mayoría de las grandes ciudades y ya no era Sevilla el único centro que atraía a su seno a los amantes de las ciencias experimentales. Sin embargo, su prestigio se mantuvo hasta última hora y casi todas las grandes figuras de la ciencia se honraban con pertenecer a ella. Bástenos citar a don Pedro Gutiérrez Bueno y a don Luis Proust, miembro este último de todas las academias científicas de Europa.

Al lado de estas dos figuras eminentes en la Química nos encontramos en esta época muchos socios, que si no rayaron tan alto, demostraron, con todo, conocimientos nada vulgares, y algunos una ciencia equiparable con la de sus más doctos colegas extranjeros. Aunque en nuestras investigaciones no nos hemos ocupado más que del aspecto químico de la Sociedad Sevillana, para justipreciar su labor nunca debe olvidarse que ante todo y sobre todo sus miembros eran médicos.

Médico y sacerdote fué don Francisco Hermenegildo Buendía Ponce, nacido en Sevilla en 1721, y médico de cámara del Cardenal don Francisco Solís, quien se lo llevó a Roma a la elección del atormentado Pontífice Clemente XIV. Por encargo de la Real Sociedad se informó en este viaje de los progresos de la medicina en Italia y recogió otras noticias, de las que dió cuenta a la misma en varias de sus sesiones, como puede verse en el tomo II de las Memorias (año 1772), en el que nos habla de las terms de los romanos, del feto de los judíos, del amianto, de una piedra flexible y de las catacumbas (127). Siete años antes (1765) en la oración inaugural del 24 de octubre, trató del «origen y calidad de las aguas dulces potables de Sevilla», trabajo en el que colaboró el eminente Correa como químico. La oración, que se incluye íntegra en el tomo I de las Memorias académicas, es una pieza que, según Chinchilla, constituye «una de las mejores topografías físicomédicas que tenemos en España».

(125) *Philosophia Sceptica*. Diálogo XI de la Apología, al final.

(126) *Mem.*, t. III, pág. 393.

(127) Art. XVI, págs. 349-99. Martínez y Reguera, t. I, pág. 248.

Su colaboración aparece también en los tomos III, IV, V y IX de dichas Memorias.

En 1771 publicó su «Palestra médica ex variis omnium fere scientiarum theorematibus exornata...» (Sevilla). Este folleto de 20 páginas en 4.º mayor, tiene el interés de contener las tesis que según el Reglamento debía defender en público don Antonio Miguel de los Santos y Rocha. Se refieren principalmente a la medicina, pero también a la farmacia, botánica, química, medicina legal, deontología, e incluso a la fe que debía darse a las declaraciones arrancadas en el tormento. Morejón (128) cita 13 trabajos de Buendía. Murió en 1800 en la gran epidemia que aquel año diezmo a Sevilla.

En la vicepresidencia de la Sociedad debió seguir a Buendía don Cristóbal Jacinto Nieto de Piña, quien se graduó en Sevilla de doctor y después fué médico de Higuera la Real. Durante el tiempo que desempeñó su presidencia se esforzó en mejorar el gabinete y laboratorio de Física de la Sociedad, para lo cual, entre otras cosas, compuso y perfeccionó una excelente máquina eléctrica para aplicar la electricidad a los enfermos. En Sevilla y por el señor Nieto de Piña se instaló (1788) seguramente una de las primeras clínicas electroterápicas de España. Su actividad puede apreciarse por los trabajos publicados en los siete primeros tomos de las Memorias, en todos los cuales luce su profundo conocimiento de la ciencia de su tiempo, especialmente de la Química. Los que mayor relación guardan con ésta son: «Oración inaugural del año 1771, de la atmósfera del globo terráqueo» (129); la también oración inaugural del año 1784 sobre «las inundaciones del río, sus efectos y sus causas evitables» (130); la de 1787 sobre el uso del plomo en las vasijas (131); la disertación «sobre las útiles resultas de las emanaciones eléctricas» (132), y, por último, su «Discurso físico económico de la harina de trigo, su conservación y método para discernir la buena de la mala», que fué leído en la Sociedad e impreso en Sevilla por don Manuel Nicolás Vázquez en 1784. Hasta hace pocos años apenas si en la literatura española se encuentran un par de escritos sobre una materia tan interesante y cuyo estudio, hace 155 años, honra a la Sociedad Sevillana (133).

Según don Tomás de Salazar, en su magnífico «Tratado del uso de la Quina» (Madrid 1791), consultada la Sociedad por las autoridades de la ciudad del Guadalquivir sobre el uso de la quina, contestó Nieto

(128) Hist. Méd., t. VII, págs. 276-83.

(129) Tomo II de las Memorias.

(130) Tomo III de las Memorias, págs. 336-360.

(131) Tomo IV, págs. 338-359.

(132) Tomo VII, págs. 260-275.

(133) Hern. Morejón, Hist. Méd. Esp., t. VII, págs. 219-21. En la Enciclopedia Española publicamos a su tiempo una breve nota sobre Nieto de Piña.

en nombre de aquélla, conforme en todo con la doctrina expuesta por Salazar (134).

Bajo la vicepresidencia de Buendía colaboró activamente en las sesiones de la Sociedad don Ambrosio María Lorite, quien en 24 de marzo de 1784 dió la lección química sobre «Si las sales sacadas por lixiviación de diferentes vegetales, tengan diversidad de virtud». El apellido Lorite lució durante mucho tiempo con gloria en las actas de la Sociedad. En 1772, don Bonifacio Juan Ximénez de Lorite hace el extracto del tomo II de las Memorias; el 29 de abril de 1784 diserta sobre «el uso de las cotillas (corsés) con respecto a la salud pública» (135), y en 1792 ocupa la vicepresidencia de la Sociedad y habla sobre los baños (136). Por los mismos años encontramos actuando a don Ambrosio María, apellidado unas veces Lorite y otras Ximénez de Lorite Anguita. Su estudio sobre las utilidades que la Química puede reportar a la Medicina, se incluye en la segunda parte de este trabajo. Con la Química se relaciona también algo su disertación de 1792 sobre el empleo del gas amoníaco en las enfermedades nerviosas (137).

Sobre el ambar (138), sobre los venenos de acción a tiempo pre-fijado (139) y sobre los jabones ácidos se contienen en las publicaciones de la Sociedad algunas notas de don Diego Vera y Limón, escritos con buen criterio químico y con observaciones y experiencias personales (140).

Ya en pleno siglo XIX, cuando la Química formaba una ciencia independiente, aunque en España tardó todavía bastantes años en desasirse totalmente de la Farmacia, citaremos a los dos socios farmacéuticos y buenos químicos, don Francisco de Paula Romero y don Pedro Gatica, quienes en el tomo XI de las Memorias publicaron notas interesantes sobre el muriato de Barita y el oxisulfuro de antimonio, respectivamente (141), sobresaliendo el último por su fino espíritu analítico.

De los socios de esta época, que nada publicaron en los impresos de la Sociedad, pero que por sus obras más o menos relacionadas con la Química merecen alguna mención en este lugar, señalaremos primeramente a don José Masdevall, natural de Figueras, médico de cámara de los Carlos III y IV, socio de la Real de París, autor de la célebre opiata contra las calenturas pútridas, que dió excelentes resultados en la epidemia de Barcelona del año 1783 y que mereció ser celebrada por

(134) Tratado citado, pág. 58. En las págs. 606 a 617 (tomo II de las Memorias) presenta una curación de corea producida, según él por la electricidad de una tormenta acaecida el 31 de julio de 1765.

(135) Tomo III, pág. 248.

(136) Tomo X, págs. 345-366.

(137) Tomo X, págs. 456-482.

(138) Tomo V, págs. 80-85.

(139) Tomo IX, pág. 208 y ss.

(140) Tomo X, págs. 132-155. En el tomo IX, págs. 35 a 53, tienen los folkloristas noticias curiosas sobre el mal de Madre, el Padrejón y el Despaletillado.

(141) Págs. 62-75 y 2-85-307.

el *Memorial Literario* (142), la *Gaceta de Méjico* (143) y sobre todo por las *Efemérides de Roma*, que dieron a nuestro socio el título de «Angel de la piscina» (144). Don Francisco José de Lemos, nuestro socio honorario, ex rector del Real Colegio de San Fernando, de Cádiz, cirujano latino de nueve exámenes, profesor de Medicina y cirujano mayor del Regimiento de Caballería de Algarve, publicó en 1788 un precioso libro sobre las «Virtudes medicinales de las aguas minerales de la Villavieja de Nules», con el análisis químico y con noticias de los principales manantiales medicinales de los reinos de Murcia y Valencia (145). Don Francisco Brihuega o Viruega publicó en 1761 una obrita titulada «Examen farmacéutico galénico químico, teórico-práctico», notable por el orden y claridad de sus explicaciones, que mereció el honor de la reimpresión varias veces y que durante muchos años sirvió para el examen de los farmacéuticos. Filológicamente tiene también valor, pues define con brevedad y precisión los nombres tanto farmacéuticos como químicos.

Nos falta ocuparnos de dos de los socios que más sobresalieron en la Química en las postrimerías del siglo XVIII: don Pedro Gutiérrez Bueno y don Luis Proust. Son dos figuras que más pertenecen a la Historial General de la Química en España que a la de una Sociedad particular. Don Rafael Folch y Andreu, en su discurso de apertura del curso de 1940 a 41, en la Facultad de Farmacia, es el que mejor ha estudiado a Gutiérrez Bueno, y a ese estudio remitimos al que desee más datos sobre tan excelente químico, injustamente tratado por Fages y Virgili (146).

De don Luis Proust se ha escrito mucho por los españoles, y en todos estos escritos se le tacha de no haber correspondido con su enseñanza a la esplendidez y atenciones con que aquí se le trató, y no cabe duda que en ésto tienen todos razón. Pero la culpa no fué de Proust, sino de Lavoisier, que lo recomendó y que por lo visto ignoraba que todo investigador es de ordinario el ser más inepto para enseñar los rudimentos de cualquier ciencia. Buen ejemplo tenemos en nuestro Cajal y en otros. Y Proust era ante todo y sobre todo un investigador formidable, que, afortunadamente para la ciencia, aunque desgraciadamente para España, no supo entretenerse en enseñar a los españoles el A B C de la Química. En nota señalamos algunos de los estudios que pueden consultarse sobre Proust (147), en España y en las historias de la

(142) Tomo IX, 1788.

(143) Del 27-III-1788.

(144) H. Morejón, VII, págs. 403-405.

(145) En Valencia, por Josef y Tomás Orga.

(146) Madrid, 1940, págs. 84-96. Pueden completarse estas noticias con las que trae Martínez y Reguera en su *Bib. Hidrológica*, 2.ª parte, t. I, págs. 42, 43, 61, 279-292, 295, y Maffei en su *Bib. Minera*, pág. 337.

(147) Discurso en la inauguración del curso 1885 a 86 en la Universidad Central, por D. Magín Bonet. Madrid, 1885. En Apéndice, págs. 97-114. Aquí se trae la noticia tan traída y llevada de las 40 libras de platino purificado, más 4 arrobas sin purificar,

Química, su participación en el progreso de esta ciencia. De su labor en nuestra patria no conocemos ningún trabajo completo. Se le ha reprochado también de tratarnos con cierto desdén y en este punto nos parece que se ha exagerado. Por redundar en honor nuestro, queremos copiar algunas de sus palabras tomadas de los «Anales del Laboratorio Químico de Segovia» (148). «Cada día, dice en su *Advertencia* preliminar, se hacen descubrimientos en España, como en cualquiera otra parte y no carecen estos Reynos de cultivadores; pero la falta de Academias o de Diarios a quienes puedan dirigirlas, entibia insensiblemente en ellos el natural deseo que tiene todo hombre de hacerles tan provechosos para el público, como para su propia ilustración» (149). Prescindamos de que lo dicho sobre la falta de academias y diarios no puede ser exacto, más que si se refiere a academias y diarios especializados. Sigamos: en la página XXIV alaba el modo de enseñar de Ortega e Izquierdo por acompañar las lecciones con multitud de experiencias costosas y penosas para ellos. El análisis de los minerales de cinabrio ferruginosos del Perú, hecho por don José Coquet y Santiago Urquiru, lo reconoce tan exacto como el suyo (150). Pregona «como el mejor, sin disputa, de todos los conocidos, el método seguido en Almadén para obtener el mercurio» (151), y la superioridad de los caracteres de imprenta fabricados en España (152). A don Fausto de Luyar (Elhuyar) lo cita repetidas veces con gran aprecio y se complace en incluir en sus Anales un extracto de los trabajos de Elhuyar sobre la plata córnea (153), acabando con un pronóstico, desgraciadamente incumplido: «No me queda duda, escribe, que *de Elhuyar*, aumentado de conocimientos que adquirirá en la comparación de los trabajos de Ungría con los de América, *llegará a publicar una obra que hará época en la ciencia de la Metalurgia*».

Confiesa francamente que sus análisis del mineral de plomo verde no hicieron más que justificar «la opinión recibida entre los mineralo-

que se le dieron a Proust para crisoles y análisis. La entrega de esta cantidad de platino es indubitable, pero lo que nos infunde algunas dudas es lo que se ha de entender por libras y arrobas, o sea, si se trataba de las ordinarias o de las decimásticas, que son las que Proust empleaba constantemente en sus análisis (a). A Bonet sigue Fages y Virgili en su extenso discurso ya citado, de ingreso en la R. Ac. de Ciencias en 1909, págs. 59-78. Aquí analiza Fages algunos trabajos de Proust: Las Memorias de la Ac. Matritense t. I (1797); «El laboratorio de Segovia y los antiguos químicos Proust y Munárriz», trabajo publicado en «Técnica», abril de 1924, por el académico D. Ricardo Aranaz. Sigue a Fages y divaga. «Estudios histórico-críticos de la ciencia española», por D. José Rodríguez Carracido. La biografía en la Enciclopedia Espasa, igualmente que la de Elhuyar, está llena de errores y falsedades y parecen redactadas por algún enemigo de España. (a) «...en los laboratorios de Química no se trabaja con quintales efectivos...» (Anales de Segovia, pág. 261).

(148) Tomo I. Segovia, 1791.

(149) Pág. III.

(150) Pág. 65.

(151) Pág. 73.

(152) Pág. 155.

(153) Págs. 267 a 278, 280.

gistas del principio de este siglo, de que las minas de plomo verde eran arsenicales» (154).

En las anteriores investigaciones tuvo por colaborador a don Francisco Angulo, Director general de Minas, lo mismo que en el descubrimiento de un nuevo ácido vegetal en el rocío de los garbanzos verdes (155). Su estudio del barniz o brillo de la seda cruda, confiesa se funda en las investigaciones de don Agustín Betancourt, hechas algún tiempo antes de que él viniese a España, y en las experiencias que en colaboración hicieron sobre el mismo problema. Todo lo bueno, por tanto, que se halla en esta larga memoria (156) corresponde por igual a nuestro compatriota y a Proust. A don N. Aréjula le concede el mérito «de serle tan familiar la lengua francesa como la Química» (157).

El señor Fages (158) dice que fué un francés (Proust) quien descubrió las fosforitas extremeñas, descubrimiento que asombró a todos los mineralogistas de Europa, por ser los primeros fosfatos minerales encontrados. Sin embargo, Proust, en la Memoria que publica sobre la «Piedra fosfórica de Extremadura», nos dice que «Bowie trata de ella en su viaje de Extremadura, y don Pedro Dávila la tiene colocada en el Real Gabinete entre las piedras fosfóricas» (159), y más adelante añade que «la primera noticia de esta piedra, como las muestras que he empleado en mis experiencias, me las dió don Pedro Gutiérrez Bueno, boticario muy hábil de esta capital, el primero que ha establecido en grande los trabajos de la Química práctica, con un éxito digno de elogios» (160).

Bastan las citas anteriores para demostrar que Proust no sentía desdén por los españoles ni omitía ocasión de testimoniar la cooperación de nuestros químicos en sus trabajos. Y lo que no puede menos de avergonzarnos es que él, francés, haga suyas las palabras de Feijóo: «¡Fatal genio de los españoles! que para que les agrade lo que nace en su tierra, es menester que se lo manipulen y vendan los extranjeros» (161).

(154) Pág. 285.

(155) Pág. 289.

(156) Págs. 295-312.

(157) Pág. 426.

(158) Pág. 97 de su discurso citado.

(159) Anales, pág. 441.

(160) Ib. pág. 449.

(161) Ib. pág. 406 en nota. Feijóo Theatro, t. I, pág. 447.

XI

LA SOCIEDAD SEVILLANA Y EL MOVIMIENTO CIENTIFICO DE EUROPA

CONCLUSIONES

NO hemos pretendido en los anteriores capítulos historiar de modo completo las actividades químicas de la Sociedad de Sevilla, sino únicamente hacer un guión que pueda orientar en ulteriores investigaciones y presentar un cuadro de conjunto, en el cual se habrán de descubrir muchas partes inacabadas, otras mal delineadas, y bastantes sin indicar siquiera, pero que habrá de servir para colocar a nuestra Sociedad en el lugar que se merece dentro de la historia de la Química en España el día que ésta llegue a escribirse, y para mejor entender las Memorias que en la segunda parte publicamos.

Nació nuestra Academia en la segunda mitad del siglo XVII (1697), cuando los estudios de las ciencias experimentales habían adquirido en Europa gran extensión y empuje. Cuarenta y cinco años llevaba actuando en Viena la llamada *Accademia naturae curiosorum* (1652); cuarenta la *Accademia del cimento* en Roma (1657); treinta y dos, la publicación de las *Philosophical Transactions* de la *Real Sociedad de Londres* (1665), fundada algunos años antes por el genial Boyle; treinta y uno la *Accademia de ciencias de París* (1666) que hasta 1699 no comenzó a editar sus memorias, ocurriéndole en esto algo parecido a lo ocurrido a nuestra Sociedad Sevillana. Otras academias extranjerías de las que hoy perduran, se fundaron después que la nuestra.

En España fué la primera de las sobrevivientes o al menos, la segunda, si no queremos quitarle la primacía a la *Academia de Matemáticas* fundada en Madrid por Felipe II y que comenzó a funcionar en 1583 y se ha continuado hasta nuestros días (162), mereciendo, por tanto, el título de decana de todas las Academias científicas de Europa (163).

(162) Véase el bien documentado trabajo de D. Julián Suárez Inclán «El Teniente Coronel D. Pedro de Lacuze» (Madrid, 1903), lo mejor que hemos leído sobre la citada Academia, cuya continuidad hasta nuestros días prueba a satisfacción.

(163) Se cita como creada en 1560 la «*Accademia Secretorum Naturae*» de Nápoles que otros la hacen posterior a la de *Naturae curiosorum* y que dicen fundada en 1562 y de la que existió en Madrid, en 1657, una imitación con el mismo nombre.

Todas las demás de España, incluso las Sociedades Económicas, y la primera y más antigua de ellas, la Vascongada, nacieron más de medio siglo después que la Sevillana, y la mayoría han desaparecido.

Se cita como fundada en Madrid, cuatro años antes (1693), una *Academia Espagírica* por el fraile franciscano fray Buenaventura Angel Angeleres. No pasó de intento, afortunadamente fracasado. El fraile, que en su solicitud a Carlos II, se llama «el más humilde y afectuoso vasallo de su Magestad», nada tenía de humilde ni de caritativo, aunque sus fautores, entre ellos el condestable de Castilla, don Iñigo Melchor Fernández de Velasco y Tobar, duque de Frías, pregonasen a los cuatro vientos y exaltasen estas virtudes. Desde luego hay que tener en cuenta que estos encomios de sus virtudes, lo mismo que los milagros de sus medicamentos, los conocemos de los mismos labios del interesado, quien en su defensa contra el Protomedicato y para apoyar sus ambiciosas pretensiones, publicó un mamotreto en folio con un título muy propio del tiempo, pero que ya dice bastante de la hinchazón del «más humilde vasallo de su Magestad» (164). Con ínfulas de gran filósofo nos informa de haber hecho «en otras partes infinitas y extrañas curaciones, que había impreso muchos libros en diferentes partes donde hay Universidades y Academias, donde se habían ventilado proposiciones suyas en puntos de la universal Filosofía». Este párrafo del novador filósofo es de los pocos escritos con alguna claridad por el extravagante pretendiente a director de Academia. De su ciencia química puede juzgarse por los nombres de sus medicamentos: «el espíritu de oro fijo, el oro volátil, su sal filosófica, su sulfur filosófico, el coralino de Paracelso, la verdadera tintura del coral, la noble disolución de la perla, sin otras infinitas medicinas». ¡Oro, corales, perlas! Sus remedios es lógico que los recomiende «para las Personas Reales y demás Príncipes» y si luego añade «y de grandissimo útil de la plebe», se comprende que es para despistar.

De los proyectados Estatutos de la Academia, con fray B. Angeleres como fundador al frente y con los Señores Grandes, los Títulos y Sabios de primera clase, como académicos de primer orden y con exclusión de los *cacoquímicos y fatuos cacosóficos* (boticarios), y del artículo que establece que no se ha «de publicar la esencia de los Arcanos medicinales», puede deducirse lo que hubiera llegado a ser, si los prudentes miembros del Protomedicato no hubieran informado en contra: un conciliábulo alquimista a las órdenes y disposición del despierto napolitano, quien,

(164) «Desengaño de la Real Filosofía y Desempeño de la Medicina sanativa, perseguida y triunfante. Idea de Fray Buenaventura Angeleres de Menores conventuales, claustral, del Serafico Padre San Francisco (vasallo fidelissimo de su Magestad), professor de las Sagradas Letras, autor de nueva, verdadera, generica Filosofía y Theologo del Serenissimo Principe de Venecia, y Comisario General por las Provincias de España». En Madrid. Año de 1693.

siendo *claustral*, nos dice uno de sus devotos panegiristas que vivía en su casa, exclaustrado, ya «más de año y medio continuo» y nunca «lo había visto ocioso; las noches trabajando con el entendimiento en el estudio... y para su buen zelo, se ha empeñado en muchas cantidades de dinero que le han prestado sus amigos; y algunas alhajas curiosas que trajo de Venecia, que ha vendido para comprar materiales para poder hazer los Medicamentos sanantes que executa, obrando con tan gran desinterés que no sé aya recibido de ninguno el agasajo de una gícara de chocolate». El beatífico Juan Martín de Barrio, que esto escribe, debía creer que las alhajas de Venecia se las había encontrado el napolitano en su bolsillo sin saber cómo y que los grandes préstamos de dinero, pensaría no devolverlos.

Este es el personaje, embrollador, que profanando unos hábitos sagrados, viviendo fuera de su convento, manipulando como prestidigitador onzas de oro y perlas, consiguió algunas curas aparatosas que aprovechó para embaucar a ciertos grandes personajes (165). No merecería recordarse, si este escandaloso asunto no nos proporcionara noticias fehacientes del ambiente que en los círculos culturales, existía en España a fines del siglo XVII con relación a la Química.

Prescindamos del condestable de Castilla y de León, don Iñigo Melchor Fernández de Velasco y Tobar; del médico de su Majestad en la real familia de la Casa de Borgoña, el doctor don Juan Bernes, quien firma la Censura redactada por el fraile y asegura que sus «medicinas sanantes hasta ahora no se han practicado en España... escondidas en la perla, el coral, la plata y el oro» del calificador del Santo Oficio y de sus Juntas secretas, fray Francisco de Santa Clara, sugestionado por el napolitano, cuya sabiduría y pobreza evangelica le parecían insuperables; del licenciado don Cristóbal de León, cirujano de su Majestad, testaferro del franciscano, que lo amaestró con sumo cuidado para responder a los que pudieran interrogarle; de don Juan de Angulo, secretario del Despacho Universal, y de los pocos más devotos que se citan en el cartapacio, y examinemos brevemente las consultas de los médicos del Protomedicato.

Don Pedro de Astorga dice, entre otras cosas, «que el asunto deste memorial *no es nuevo, pues además de otras más antiguas veces*, abrá como tres años que se dió memorial, como éste, al Rey nuestro señor, por parte del Doct. D. Juan Nieto...; que los Boticarios destos Reynos

(165) El licenciado D. Alonso de Herrera y del Aguila en su brevísima declaración publicada por Fray Buenaventura (julio, 16), dice que es totalmente falsa la petición por parte del fraile de cinco onzas de perlas. Son muchas perlas, pero algunas necesitaba el alquimista para hacer su «noble disolución de la perla». Mas el mismo D. Alonso de Herrera, en una declaración más amplia, nos informa que su Reverendísima le había prestado cuatro porciones de su coralado, «interin acaba de fabricar el que está fabricando en mi casa al presente y que, según me dijo anoche, acabará presto de fabricarles». Como vemos, los coralados, las nobles disoluciones de perlas, los oros filosóficos, los hacía en casa de los grandes, a su vista, para prevenir sospechas.

y en particular los desta Corte... son avidos y tenidos por hombres de ciencia y conciencia, y, como a tales, los pertenece el entero y perfecto conocimiento racional y experimental de la Spagírica (que abusivamente llaman Química), en que ay oy en la Corte grandísimos Artífices, que si fuere necesario se dará noticia a V. Exc.» (166).

De estas palabras se deducen dos hechos muy importantes: 1.º Que aproximadamente desde mediados de siglo se intentó establecer en Madrid una Academia espagírica, siguiendo en esto el movimiento paralelo de otras naciones y que si no se llevó a cabo el propósito, debió ser por falta de protección de las altas esferas o por falta de perseverancia o competencia en los iniciadores. 2.º Que en la Corte de España había grandísimos artífices espagíricos y que, por tanto, ni la ciencia ni la práctica estaban ausentes de entre nosotros, como afirman con desenfado muchos de nuestros aficionados a la historia. Estas deducciones se ven corroboradas por las siguientes palabras del doctor Astorga:

«Y en quanto a la Academia spagírica, que se propone, respondió a IV. Exc. me parece será útil y conveniente a la causa pública la aya, compuesta de los Médicos y Boticarios más ancianos y expertos en todas las operaciones de la sutilissima Arte Separatoria, cuyo fin es la fábrica de generosísimos remedios, conforme a la enseñanza de muchos y graves autores conocidos y estudiados que, aunque están prontos, no se refieren; y que también para evitar fraudes y sofismas, será conveniente sea esta Academia pública exercitada en la Real Botica del Rey nuestro Señor y debaxo de la jurisdicción de algunos de los señores Jefes mayores de la Casa Real de su Magestad y con asistencia de su Real Protomédico o alguno que su Magestad fuere servido de elegir por Asistente y Superintendente de dicha Academia, como se exercita en los Reales Palacios y Cortes de otros grandes Monarcas y Príncipes de la Christianidad, como es notorio».

Las consecuencias más importantes de este párrafo son: 1.ª Se reconoce la utilidad y conveniencia de una Academia Espagírica y por tanto se admiten sus propios medicamentos. 2.ª Muchos y graves autores de este arte eran conocidos y estudiados y se propone seguir sus doctrinas, no nombrándolos, aunque están prontos o a la mano. 3.ª Se recomienda la vigilancia para evitar fraudes y sofisterías. Esto último tiene su fundamento en la invasión de charlatanes y curanderos, como fray Buena-ventura Angeleres, que entoces, como ahora (pues la raza no se ha extinguido) explotaban la credulidad del público con secretos, arcanos y elixires paracélsicos, que unas veces no hacían daño, pero que, por la ignorancia de los manipuladores y su incompetencia médica, resultaban muchas veces fatales. A esto apunta el *parecer* del otro protomédico, doctor don Gavino Fariñas, quien, sobre la fundación de la Academia Qui-

mica, opina: «me ha parecido siempre muy bien que la huviese, para usar de sus remedios en las enfermedades que los Médicos juzgaren convenir, que es lo que no se usa en estos tiempos, que cada uno se vale de ella con medios ilícitos y pesados para los enfermos, con crecidas cantidades que les piden, y actualmente han sido tantos los clamores que han llegado al Protomedicato, y en particular contra el P. Angeli...» (167). Menos inclinado a las novedades químicas se muestra el tercer consultado, el doctor don Francisco Enríquez Villacorta, quien, sin embargo, afirma «que la Medicina Galénica, ni la buena Filosofía no se opone a lo Espagórico» (168).

Pero tenemos en la propia casa, en nuestra Sociedad, el mejor testimonio para formarnos una idea cabal del ambiente que tenían en nuestra España las nuevas doctrinas científicas. En la *Censura* de que hemos hablado al ocuparnos de Mateo Zapata (169), se nos hace la siguiente interesantísima descripción de la Corte:

«Puedo asegurar que, desde el año de 1687, que entré en la Corte, avía en ella las públicas célebres Tertulias que ilustraban, y adornaban, los hombres de más dignidad, representación, y letras que se conocían, como eran el Excelentísimo señor Marqués de Mondejar; el señor D. Juan Lucas Cortés, del Consejo Real de Castilla; el señor Don Nicolás Antonio, cuya sabiduría, erudición, y inteligencia, parece que llegó más allá de lo posible, como lo acredita su grande Bibliotheca Hispana; el señor Joseph de Fariá, Embiado de Portugal; el Doctor Don Antonio de Ron; el Abad Don Francisco Barbará; el doctissimo y nobilissimo Don Francisco Ansaldi, Cavallero Sardo: los quales, como de todas ciencias, trataban de la Filosofía Moderna».

«Siguióle a ésta la que quotidianamente se tenía en casa del Excelentísimo y eruditissimo señor Duque de Montellano, Grande de España, Presidente vigilantissimo de Castilla, del Gavinete y Consejo de Estado de su Magestad, en cuya presencia se conferían los Systemas Philisoficos de Cartesio, y Maignan, en que todos los doctos que asistían, discurrían, puesta siempre la indispensable atención en la pureza de nuestra Santa Fe. Pero siendo españoles, y tales, ¿cómo sin temeridad se podía sospechar otra cosa? Bien acredita esta verdad la doctisima y eruditissima Obra, o Historia de la Iglesia, y del Mundo, de Don Gabriel Alvarez de Toledo, Cavallero del Orden de Alcántara, y primer Bibliothecario que fué de su Magestad, en la qual está brillando la moderna Filosofia, y en particular la de Maignan, como se puede ver en las *notas 5 y demás* (170).

«Y para cerrar el discurso con llave dorada, quitando sospechas, y

(167) Desengaño, fols. 120 y 13.

(168) Desengaño, fol. 11.

(169) Cap. III.

(170) Cap. IV, fol. 12.

desvaneciendo bastardos recelos, ¿no tenemos aora al Excelentísimo señor Marqués de Villena, Mayordomo Mayor del Rey nuestro señor, que sabe con la mayor perfección, y pureza, que cabe la Filosofía moderna? Pues ¿qué no diré del eruditísimo, autorizado, y respetable cuerpo de los que están adornando, y fecundando nuestro idioma, la Academia Real de la Lengua Española, de quien es cabeza su Excelencia? Compónese de grandes y rectísimos Ministros de los más Supremos Consejos de Castilla, Guerra e Indias; de Cavalleros de incomparable erudición: Eclesiásticos, y Religiosos sapientísimos, y zelosísimos de la Religión, por sus altos empleos de Calificadores del Supremo Consejo de Inquisición. Cierto que iba yo a nombrar mi Regia Sociedad, pero la pasión de Fundador me suspendió el elogio, si ay alguno que le adeque, o sea capaz de ponderarla. *Y pues ay tantos Novatores en España*, estamos todos en possession de darle las gracias al Padre Palanco, por el bien fundado, y discurrido titulo que nos ha dado».

De toda esta rápida exposición se deduce con toda evidencia que, al aparecer nuestra Sociedad Sevillana, existía en las altas esferas de la Medicina ambiente bastante favorable en pro de los medicamentos espagíricos y que éstos, entre la plebe baja y la encumbrada, tenían más extensa y entusiasta aceptación de lo que fuera conveniente. La actitud del Protomedicato se confirmó pocos años después en la aprobación de nuestra Sociedad. La aceptación por parte del restante cuerpo médico, tampoco era despreciable, como se desprende de los 50 socios que en su incompleta lista trae en 1701 Ordóñez de la Barrera (171), repartidos por toda España y de la categoría de que queda hecho mérito en los anteriores capítulos. En estos capítulos se han consignado también los autores, a los que los nuestros seguían y a los que alude D. Pedro de Astorga. Pocas veces se menciona a Paracelso, pero en cambio constantemente se leen los nombres de Van Helmont, Francisco de la Boë Sylvius, Tachenio, Sennert, De la Mort, Boyle, Hoffmann y más tarde, con predilección, el del gran Boerhaave. Su dirección, por tanto, no podía ser más escogida, con la particularidad de que sus escritos se ven citados muy poco después de aparecidos. Lo mismo se observa en todo el siglo XVIII.

¿Que el ambiente favorable a la Química no era tan extenso y tan ferviente en España como en otros países? No puede negarse, si nos ceñimos sólo al siglo XVII y al primer tercio del XVIII. A partir del año 1735, aproximadamente, el panorama invirtió sus modalidades: antes, los partidarios de la Química constituían una minoría selecta, en ningún caso tan despreciable, ni por el número ni por la calidad, como suele afirmarse; después de esa fecha, sólo algunos pocos retrasados y pere-

(171) Progresos de la Regia Academia, al principio.

zosos se negaban a recomendar los medicamentos espagíricos (172). Uno de los grandes méritos de nuestra Sociedad es precisamente el haber contribuido en alto grado al indicado cambio.

¿En qué concepto deben tenerse sus trabajos? En su conjunto, estos, comprendidos los puramente médicos y los que no lo son, creemos que pueden honrosamente parangonarse con sus similares extranjeros, valiéndonos en la Medicina el testimonio de nuestros historiadores, H. Morejón y Chinchilla, y para las otras ciencias, el fruto de sus estudios recopilados en la Segunda Parte de este trabajo, a los que se deben añadir muchas de las obras que publicaron sus socios antes de que publicara nada la Sociedad, y durante las muchas y largas interrupciones que sufrieron las publicaciones de ésta, pues consta que muchas de las indicadas obras no fueron más que ampliación de los trabajos leídos en las sesiones de la Academia. Entre sus químicos no encontramos ciertamente ningún Van Helmont, ningún Stahl, ningún Boyle, ni ningún Lavoiser. ¿Son por eso despreciables? Aceptar esta consecuencia, como hacían algunos, nos parece descabellado, pues, como escribe el prologoista del primer tomo de nuestras Memorias, «no es la sociedad humana feliz, porque haya uno u otro hombre grande en una de las líneas que le son necesarias». Es menester que éstos encuentren seguidores y difundan sus adelantos, sin lo cual la ciencia nada aprovecharía con los avances de los grandes genios. Esta imprescindible colaboración la encontró España en la Sociedad sevillana y éste es su gran mérito, que es injusto desconocer. No se nos presentan como genios, Ortega, Correa, Olivares, González Corvacho, Lorite, Zapata, Nieto de Piña, Delgado, Vera y Limón, Romero, Gatica y otros muchos experimentalistas antes citados, pero sus nombres deben figurar en lugar preeminente en la Historia de la Química en España.

Queden, pues, como verdades irrefutables: 1.^a La Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, fué la *primera* que se ocupó directamente del estudio de la *Química en España*; 2.^a Sus *Dissertaciones* (1736) y sus *Memorias* (1765), representan la *primera Revista de Ciencias* publicada en España; 3.^a Muchos de sus trabajos químicos son equiparables a los que por el mismo tiempo se editaban en el extranjero; 4.^a En estos trabajos hay observaciones originales y personales de gran interés; 5.^a Escudriñar los archivos de la actual Real Academia de Medicina de Sevilla, para buscar lo que haya quedado de los estudios de Correa, Ortega, Olivares y los espagíricos, sus predecesores, es un

(172) Para que se vea que en todas partes ocurren cosas como en España, queremos citar un precioso libro, titulado «Les effets de la Force de la contiguité des corps», editado en París en 1700 (466 págs. en 8.^o con numerosas figuras), para demostrar del modo más científico la carencia de peso del aire y por tanto la falsedad de los experimentos de Torricelli, que dieron origen al barómetro, más de medio siglo antes.

empeño que por honra de Sevilla y de España no debe abandonar ni diferir la indicada Real Academia de Medicina.

BRIGIDO PONCE DE LEON ALMAZAN.

Sigue en la segunda parte: *Trabajos químicos publicados por la Real Sociedad de Sevilla.*

